

## LAS HEROÍNAS GRIEGAS

• EL DILEMA DE LA EXISTENCIA VIVIDO • COMO

# mujer

Hasta sería de creer que hay un trasfondo inmemorial, un depósito de símbolos y aspiraciones que remontan lo humano desde esa orfandad que mueve a perseguir respuestas, a plantear dilemas o inquirir el trasfondo de las cosas.

Martha Robles

*La Noche, Nix, es el caos y ordena el caos; Nix es la diosa engendradora de los tiempos, la que se yergue en medio de la tempestad de los cielos en pugna y los laberintos de la tierra trastocados, y se impone en toda la majestad de su poder para dar principio a las cosas, dice el mito órfico.*



**E**n el principio Eurínome, la Diosa de todas las cosas, surgió desnuda del caos pero no encontró nada sólido en qué apoyar los pies y en consecuencia separó el mar del firmamento y danzó solitaria sobre sus olas, dice el mito pelasgo.

Y el mito olímpico de la creación dice que en el principio de todas las cosas la Madre tierra emergió del caos y dio a luz a su hijo Urano mientras dormía.

Así que en el principio el verbo fue mujer según la mitología griega. No obstante, mi intención no es juzgar si hubo o no unos tiempos matriarcales, hipótesis que nunca ha podido ser comprobada y que a la luz de nuevas investigaciones se diluye cada vez más. Por oposición, intento vislumbrar a través de las diosas y los mitos de la Antigüedad griega, con qué sustancia se conformaron las heroínas griegas, a qué responde la índole con la que las adornaron los poetas de su época, qué están diciendo de sí y del mundo en que fueron proyectadas y cómo diseñan a las mujeres que fuimos o que podemos ser.

Lo cierto es que se sumaron las generaciones de dioses y prosperó la vida del hombre de acuerdo con las intenciones de aquellos. En este universo divino, ellas y ellos eran poderosos. Es cierto que la Diosa de Todas las Cosas, la Madre Tierra, o la Noche, por mezclar estas vertientes al azar, se vieron muy pronto sujetas a la voz del mandamás, es decir del dios masculino que predominaba sobre todos y cuya acción principal había sido la de matar al padre que lo engendró; así Urano y Chronos, así Zeus hasta el apaciguamiento y la ley. Porque del asesinato del padre emana la Ley. Sin embargo, matar al padre tuvo siempre el sello de la madre que lo propiciaba, la madre paridora cuyo secreto era hondo e inextricable. No se podía matar al padre sin la anuencia de la Madre. Y, por otra parte, los dioses pudieron ser los patronos el día que el hombre finito, aquel que sufría los males del tiempo, el hambre y la muerte sobre la faz de la tierra, descubrió que la mujer semilla, la mujer tierra, la mujer fértil lo

era también por su propia participación en ello y no porque era maga, bruja o diosa y como tal tenía un pacto secreto con la tierra.

De modo que Zeus se aseguró bien que el poderío de las hembras no regresara y se comió a Metis embarazada de Atenea, la cual terminó naciendo de la cabeza de su padre. Muy almidonada y compuesta con su égida y su casco y la lanza en la mano, ya guerrera y adulta, poderosa como ella sola. Modelo perfecto de la estructura óptica masculina. Con la virtud guerrera brillándole por los cuatro costados aunque se dulcificara con asuntos femeninos como la flauta y la olla de barro, el rastrillo y el arado, invención de sus propias manos junto con los números y las artes femeninas, todo mezclado. Así que esta hermanita de Apolo, femenina y masculina al mismo tiempo, engendada por arte y magia de madre en la panza de su esposo que a su vez pare por la cabeza, resultó muy peligrosa. Tanto que los griegos le levantan templos y estatuas al igual que a un dios, se llame Apolo o Zeus, y viene a ser la par de todo el mundo. Por su arte y su excelencia las otras diosas pueden considerarse poderosas, ella va a la cabeza de todas y no se arredra, imagen de las amazonas y las vestales, de lo más alto engendrado con sexo de mujer. Al tú por tú con Apolo, dios de la luz y la razón, de la música y la palabra. No obstante que esta diosa y las que se le comparaban, tenían la virtud de ser vírgenes, esto es, garantía de que no iban a salirse con la suya entregando dones, regalos o propiedades a vástagos no legitimados por los mismos dioses varones.

Si de diosa había sido la creación del mundo y ella reinaba por encima de todos, diosa era todavía igual a dios en los tiempos atenienses. Y todavía el dios hombre, el dios macho llevaba la nostalgia de un destino que lo concibiera con la fertilidad de la mujer y la fuerza de su propia índole. Así que en este universo de la tragedia griega en donde destino es igual a ethos, y ethos semejante a praxis, donde las puertas del infierno están abiertas y la condenación

**HÉCUBA, ELECTRA, ANTÍCONA, FEDRA, MEDEA, IFIGENIA, CLITEMNESTRA, CASANDRA, YOCASTA, SON LAS HEROÍNAS QUE COMO LOS HÉROES VAN POR EL MUNDO DESCARRADAS POR LA CONDICIÓN HUMANA Y CON EL MISMO FINAL IRREDUCTIBLE QUE ES LA MUERTE.**

es real, como señala George Steiner, donde existe en el hecho mismo de la existencia humana un algo equívoco, misterioso, imposible de ser revelado, sea provocación o paradoja, en ese universo trágico donde todos venimos a coincidir y la última sombra de nosotros mismos siempre es eso, sombra, señuelo, pérdida, más allá inexplicablemente fugitivo, en ese universo, repito, la mujer, con la doble cara de Atenea, igual al hombre y al igual que él, no tiene redención, no tiene salida. Y por lo tanto es su semejante.

Hécuba, Electra, Antígona, Fedra, Medea, Ifigenia, Clitemnestra, Casandra, Yocasta, son las heroínas que como los héroes van por el mundo desgarradas por la condición humana y con el mismo final irreductible que es la muerte. Hécuba, la madre leona que defiende su prole hasta el último aliento; Electra vengadora del padre con aire de Atenea en el modo de defender el orden patriarcal, porque Atenea guerrera decidirá de *motus* propio ponerse del lado del hombre al legitimarlo como el engendradora por excelencia: el crimen no está en matar a la madre, el recipiente que sólo recibe la simiente masculina, el crimen más horrendo que se yergue por encima de todos los crímenes, es el crimen del Pater, del que contiene la semilla milagrosa que da nacimiento a la vida, el héroe también en el acto de procrear; así que Electra heredera de Atenea es el autor intelectual no de un crimen en contra de su madre sino de un acto de justa venganza a favor del padre. Y siguiendo con esta enumeración, Hécuba la madre paradigma; Electra, la hija ateneica; Antígona, la defensora de la ley consuetudinaria de la sangre; Fedra, la madre incestuosa y la amante humillada, metafórica prima hermana de Yocasta; Medea la filicida por amor del amado Jasón; Ifigenia la hija sacrificada; Clitemnestra la que no perdona al marido su infidelidad, pero sobre todo y en principio quien no ha de olvidar el sacrificio de su hija para que Agamenón obtenga su pase para la guerra; y Casandra, la maga, poseída de una locura divina, don entregado por los dioses que le permite leer el futuro como Prometeo.

Se me ocurre que estas heroínas son la suma de la materia con la que está hecha la tragedia. No Helena, aunque Eurípides cree una tragedia con sus rasgos, Helena que no ha dado motivos para ningún error ni acto trágico, sino más bien para una comedia de enredos, esa Helena que será paradigma de otra mujer, la mujer bella y suave cuyo sello durará en el tiempo hasta nuestros días. El puro objeto amoroso, la que

por su belleza pierde a los hombres, aquella que se rinde ante quien la requiebra, sea Menelao o Paris, Teucro o Teoclímeneo, qué importa, ella va de la mano de Afrodita, otra diosa al servicio de otro universo, el del Eros, la pasión amorosa y los placeres de la carne, Helena lamentándose porque los pueblos se pelean por ella, sin tomar partido desde las torres de Troya, por encima de la guerra la institución del amor pero con ella como botín, como señuelo, como objeto, y sujeta a lo que decidan los demás por ella.

Helena no puede ser trágica, la tragedia exige un acto de autonomía feroz frente al otro, exige la puesta a punto de una condición rebelde con la cual están hechos los héroes. Helena, ajena a la tragedia, objeto de seducción, el *en sí* que proclama el existencialismo, el individuo alienado por el deseo del otro, en manos del sujeto, manipulado por el agonista, no puede abrir ninguna puerta de los infiernos por ella misma. Y como tal, enajenada, vivirá en la literatura de todos los tiempos desde Homero, a causa de su belleza y su acomodamiento según las circunstancias: se va con Paris, se lamenta por la nueva familia a la que se ha adherido, el Rey de Troya, Príamo y sus hijos, y al triunfar el otro bando, el de su antiguo marido, muy oronda regresando a hilar como buena compañera y mejor ama de casa, al costado, a la vera del funcionario público, del político; no me extrañaría que a su regreso, en alguna parte del mito se la mencionara como procuradora del bien, en actos de beneficencia, esta Helena tanto de las telenovelas como de los grandes melodramas del siglo XIX y que mora en todas las historias de amor pergeñadas por los hombres. Víctima, cómplice y verdugo, de amantes, esposos, padres y hermanos, cuya existencia se da en los ojos que la reflejan, cuyos actos no son tales sino los gestos de la obediencia, la servidumbre o la pasividad. Helena no mueve los mundos, los mundos la mueven a ella. Y la Helena de Eurípides no será otra cosa que un melodrama burgués.

Tampoco Penélope es materia trágica, la buena Penélope que teje y desteje esperando al esposo, al astuto Ulises, rodeada de pretendientes con los que quizás sueña, con la aspiración de una mujer de su casa que quiere al marido a su costado para que la proteja, sino ¿por qué tantas deferencias, tanta paciencia con esos alborotadores que la rodean de continuo? Pero Penélope es sobre todo una buena madre y ahí está Telémaco haciendo sus averiguaciones para dar con



las pistas de su padre. Ergo, ella espera y teje, espera y desteje, mujer perfecta en su absoluta pasividad. No hay ocasión para la tragedia puesto que ella no cuenta con el furor de las rebeldes.

De otra laya las heroínas trágicas, otras mujeres, otra su urdimbre. Pero ¿cómo? Me preguntarán y me pregunto, si están creadas por hombres pertenecientes al orden patriarcal, Esquilo, Sófocles, Eurípides y más tarde su epígono, Séneca, y luego, quizás uno más, Shakespeare, quien agregará a esta galería de sujetos femeninos rotundos y por momentos feroces, uno o dos paradigmas, Julieta y Cleopatra. Y tardía excepción, Von Kleist al principio del siglo XIX con su Pentesilea, la igual de Aquiles, como antes Julieta la igual de Romeo, y Cleopatra la igual de Marco Antonio.

Visto ahora desde la sociedad que las albergó, ¿qué mujeres en la época en que fueron creadas estas

heroínas tenían el libre albedrío de su parte y gozaban de una libertad pública y privada que las hacía iguales de los hombres? Ninguna. Vivían recluidas en el gineceo y las que se habían beneficiado con las enseñanzas del canto y la danza, por lo tanto educadas en la lectura, receptoras al mismo tiempo que emisoras de la voz de los grandes poetas, eran hetairas. Como Aspasia que devino la concubina de Pericles.

Dice Demóstenes, en el siglo IV a.C.: “Tenemos a las hetairas para nuestro placer, a las concubinas para nuestro uso diario y personal y a las esposas para tener hijos y cuidar la casa”. Aristóteles en el mismo siglo es el gran detractor de todo aquello que lleve nombre de mujer y sus dichos sobre ella se acercan notablemente a las lanzadas siglos después por San Pablo en la epístola a los corintios. La mujer debe permanecer callada porque su razón no alcanza a compararse a la de los hombres. Debe ser Penélope para la espera y Helena por la belleza.

Entonces bajo qué ley están inscritas las heroínas griegas. ¿Pertenece acaso a los tiempos heroicos en donde la mujer prevalecía en tanto que fertilizadora y hermana de la tierra cuya simiente brota como la de aquella?, ¿a los tiempos en que su secreto, el de la gestación, no había sido todavía develado? O esa marca, por el contrario, la de su hermandad con la tierra, la del misterio que ocultan, es la huella a la que alude Derrida cuando dice que no hay origen sino huella y la huella es la diferencia y la diferencia tiene nombre de mujer. Es decir El Otro, ese Otro velado, y por lo tanto sumamente peligroso, ese Otro imposible de atrapar precisamente porque rompe con lo absoluto que es masculino, es hombre, es blanco, es autoridad, es padre y es ley.

Es este carácter de otredad el que le dará en los mitos su poder: La Pitía, la Esfinge, Circe, Calíope, estas poderosas mujeres que apresan; las sirenas, las hembras cantarinas como luego las hetairas, que seducen a los viajeros narrándoles sus propias hazañas; las Musas que engendradas por Mnemósine todo lo saben y sólo de la mano de ellas el poeta puede crear/recordar; las erinias, las vengadoras de los crímenes de sangre ejercidos por los hombres que buscan prevalecer sobre los otros; las harpías, las mujeres aladas que raptan almas y niños; la Medusa, hermana de la Gorgona y como ella monstruosa y terrible; y Pandora, que ha sido creada reuniendo todos los defectos de los dioses y enviada a la tierra para causar daño a los hombres, tan sabia como para conocer de

memoria el árbol de la sabiduría y ejercer el poder que da el conocimiento del bien y del mal, árbol al que Eva ansiaba arrancarle sus secretos, esa Eva cristiana tan cerca aún de las terroríficas hembras de la antigüedad.

Hay pues una zona oscura e inextricable de la propia condición humana que estas hembras manifiestan. Por un lado, ellas recuerdan el horror de los tiempos ominosos y se yerguen para señalar nuestra fragilidad. Porque la desmesura que mora en ellas pareciera decirnos, Cuidado, un descuido y dejás de ser humano, vuelves a cero, a la bestia. Y por el otro están habitadas por cantos que no han sido aún develados, por secretos donde se incluye exactamente lo contrario de la fragilidad a la que aludíamos hace un momento, la fortaleza del amor, o su integridad.

Así como pareciera que en los mitos el origen del saber es femenino, femeninas son la Ley Temis, la Justicia Eurínome, la Memoria Mnemósine, la Astucia Metis, todas hermanas, gemelas Temis y Metis, asimismo gemelas Mnemósine y Eurínome, y a su vez engendradoras de las Gracias y las Musas.

Con estas diosas, ninfas, magas y demonios femeninos, se confunden las heroínas griegas. Y cuando ellas se encarnan en la plenitud de su fuerza creadas por los poetas, por aquellos que han recibido a la Musa, a los que les han sido revelados secretos por obra y gracia de su aliento, les llega entonces una memoria que se les había ocultado en el fluir de los días: han recordado que el arte de vivir en paz, la comunidad de los seres humanos, el ejercicio de la justicia y la verdad, está siempre al borde de un abismo, el de la propia condición humana que desconoce a diario que algún acto imprevisto puede abrir las puertas del infierno cuando menos se lo piensa. Y en la polis legislada por los hombres donde la mujer no es su semejante, por eso subraya Simone de Beauvoir: “Su capacidad se afirmaba allende el reino humano: ella estaba por lo tanto, fuera de ese reino. La sociedad siempre fue masculina; el poder político siempre estuvo en manos de los hombres”, los poetas en nombre de su

mismo género no conciben a la mujer sino como otro ser, quizás poderoso por sus recursos ignotos, pero siempre más cerca de las diosas primordiales, de la Medusa y de las sirenas, de Circe y de las erinias, que del Logos, el Orden, el ethos.

Las trágicas griegas, más que ningún otro ser, encarnan lo que de enigma y horror contiene la condición humana, lo que de desmesura en el amor y en el odio. La polis es el resultado del proceso civilizatorio, del duro ejercicio de domar las furias y los excesos, vencidas por Apolo, el dios de la razón, las erinias, las bacantes, las harpías, retroceden y con ellas, todo lo que es abyecto y lodoso. Todo lo que huele a tierra y humores, a sangre y flujos orgánicos. Desde entonces el varón sólo se tranquilizará frente a lo femenino en servidumbre. Aquellas que salten por encima de las normas establecidas por el orden patriarcal, serán sujetas a terribles castigos y ejemplificarán la zona más oscura, más portentosa e indomable de lo humano.

Clitemnestra condenada por sus hijos Orestes y Electra, a causa del crimen de Agamenón, su esposo, aparecerá como la infiel por antonomasia, habiéndose aprovechado de la ausencia de su marido al obtener placer en un lecho espurio. No va a importar que antes de la guerra le haya sido arrebatada la primogénita para poner en marcha la expedición a Troya, tampoco que Agamenón regrese con Casandra como concubina. Lo que prevalece es el crimen del padre de familia y eso es lo que van a juzgar los dioses.

Electra por su parte, la hija heredera de su padre, no de su madre, sumida en la cólera más extrema no será feliz ni antes ni después de su crimen, ella ha vengado al padre pero se instituye como la primera mujer que aniquila a su gestadora. No tendrá paz, aún sin la sombra de las erinias reenviadas al Olimpo para que dejen de perseguir los crímenes de sangre que ahora, en el nuevo proyecto patriarcal donde el asesinato del padre ha sido conculcado de una vez para siempre, ya no tienen cabida, Electra hermana de Atenea o bajo su estirpe, lanzará el grito sin respuesta: “¡Y yo! ¿Adónde

**PERO NO BASTA SEÑALARLAS COMO OTRAS A ESTAS MUJERES TRÁGICAS, HAY QUE BUSCARLES LOS ATAJOS, VER DE QUÉ ESTÁN HECHAS, APRENDERLES LOS IMPULSOS, ARREMETER CON LA MISMA PASIÓN QUE NOS REGALAN.**

he de ir? ¿Habr  coros de danzas que me tolere? ¿Habr  fiesta de bodas en que yo pueda hallarme? ¿Habr  siquiera un hombre que me haga subir a su lecho?”

Fedra, hermana de Ariadna a quien Teseo abandon  moribunda en una isla a su regreso de Creta, toma el lugar de su hermana y desposa a Teseo, pero la sombra de aquella pareciera proyectarse sobre todo lo que la contiene. Así, enamorada de su propio hijastro, Hipólito, y desdenada por éste, encontrará la manera de justificarse acusándolo de haberla agredido sexualmente ante el padre. El desenlace será horrible, Teseo mata a su hijo y Fedra se suicida en la imposibilidad de enfrentar el tamaño de su *hybris*.

Como dijera antes, Fedra es la prima hermana de Yocasta, sólo que ésta se acostaré con su hijo legítimo y se suicidar  no por la traición, sino por el incesto insoportable en que la ha sumido el destino. Esa Yocasta madre en Sófocles y esposa con Séneca, quien la hace exclamar quizás el verso más terrible del hecho trágico: “ Con qué nombre te llamar ?  Hijo?  Est s perplejo? Eres mi hijo  te avergüenza este nombre? Habla hijo, aunque te repugne.”

Antígona, por su parte, defender  la ley consuetudinaria de la familia quebrando la otra ley, la de la polis, ella se yergue por encima de todas precisamente por eso, porque ha de reivindicar no la ley de la polis, de la comunidad donde los hombres deben controlar y edificar los vínculos una y otra vez entre todos, sino la de ese *humus* condenado, el de la sangre, el de la familia, y quizás incluso los lazos que son propios del afecto pero donde asimismo late el incesto, aquel acto antiguo sobre el cual se basa la multiplicación de la especie, y se obstinar  en enterrar a su hermano a costa de su propia vida. Esta muchacha que se erige en la portavoz de la sangre, en la tozuda detentadora del cuerpo muerto de su hermano, la que ha decidido no olvidar y quiere honrar por igual a todos los miembros de su familia y que por su parte pronuncia la frase que debiera rescatarla por la profunda marca que le hicieron los lazos afectivos: “Yo no he nacido para el odio sino para el amor”.

Medea, la filicida, es como Casandra, maga, es sabia, tiene el respeto de las mujeres de su tribu y luego de las corintias, esta extranjera será humillada por la ley pública que quiere para la hija del rey un héroe como Jasón, sin importar que éste sea el concubino de Medea y el padre de sus hijos. En Medea se encarna la más desesperada pasión amorosa y asimismo el

orgullo más grande. No será ella a la que humillen repudi ndola, ella como sus hijos deben ser legítimos, no pueden estar sujetos a los intereses del Estado ni a su legislación. Y entonces por puro orgullo herido ha de encontrar la entraña de Jasón, all  donde el dolor pueda ser tan grande como el suyo propio. Cumple así con el asesinato de los hijos.

Casandra que sufre los embates de la guerra de Troya en la medida en que va anunciando las derrotas y el despojo, será atravesada por el mismo desgarramiento que su cu nada Andrómaca y, como ella, pasar  a ser bot n de guerra. Nadie podrá defenderla ni ampararla, sola, se yergue en medio de la devastación y llegar  en el barco de Agamenón a Tebas sabiendo de antemano que la muerte la espera. Su sabiduría es en vano, la condición de augur no le ofrece privilegios, por el contrario, pareciera que el talento de la adivina engendra a su vez la locura y la perdi n.

Y por fin Hécuba, la madre de Héctor y Casandra, de Paris y Troilo, la madre que engendra cincuenta hijos, el paradigma de la madre. Ella legítima la condición de madre como leona, como guerrera dispuesta a los sacrificios más extremos por amor de sus hijos. Ella aún anciana y ante el asesinato de la mayoría de sus hijos tendrá fuerzas todavía para buscar la venganza. Sin embargo su sino es tan espantoso como el de Yocasta, puesto que ha renegado de la ley y cuando los augures proclaman que si nace Paris la desgracia se abatir  sobre Troya, ella rechaza la sentencia y pese a todo salvar  al niño. Es decir, en los orígenes del mal, Hécuba al igual que Yocasta es culpable dos veces, por ser la madre de Paris y por mantenerlo vivo contra el parecer de los dioses. Y como Medea arrebatada por un di s en su carro de fuego, al recibir el espantoso castigo de la lapidación, cuando van a buscar su cadáver ella se ha metamorfoseado en una perra con los ojos de fuego. No obstante, en la tragedia de Eurípides, Hécuba, más que la perra hecha sangre y furia, cuya bondad ha perecido, es la desposeída de sus hijos, su esposo, y su tierra. Es decir, su sangre y su patria.

Pero no basta señalarlas como otras a estas mujeres trágicas, hay que buscarles los atajos, ver de qué están hechas, aprenderles los impulsos, arremeter con la misma pasión que nos regalan. Es cierto, el hombre ve en ellas lo oscuro, lo que atenta contra la polis, lo que pone en peligro la costumbre, ve en ellas un abismo que quiere sortear sin ni siquiera asomarse a él. Pero tampoco podemos sostener el pensamiento romántico

## **LAS HEROÍNAS GRIEGAS FORMAN PARTE DE UNA CULTURA QUE NO SÓLO LAS CONTIENE SINO DONDE ELLAS MISMAS PRESUPONEN UN PROTAGONISMO, ES DECIR UNA CONDICIÓN DE SUJETO.**

que propone la fórmula binaria mujer-naturaleza, hombre-cultura. Las heroínas griegas forman parte de una cultura que no sólo las contiene sino donde ellas mismas presuponen un protagonismo, es decir una condición de sujeto: el sujeto modifica su entorno, el sujeto elige, opta y cuestiona. Estas mujeres son contestatarias.

Ahora bien, si Edipo actúa en nombre de la ciudad al perseguir al asesino de su padre, para el caso no importa que sea él mismo, lo hace para que se cumpla la ley; si Polínices y Etíocles se enfrentan en el campo de batalla y se aniquilan uno al otro es por Tebas de quien cada uno se considera legítimo gobernante. Si Creonte se erige en juez de sus sobrinos, mandando a uno a ser enterrado con honores y al otro deshonorándolo con la prohibición del sepulcro, es porque es un estadista acucioso en preservar la legislación vigente. Si Orestes es el autor material del asesinato de su madre, conviene serlo para vengar al padre teniendo en cuenta la cárcel en que ha devenido la patria a causa de Clitemnestra y su amante. Orestes no va a liberar sólo a Electra, será toda la comunidad la que se vea favorecida por su acto, finalmente. Los héroes como Agamenón, como Héctor, como Odiseo y Aquiles, Ajax y Teseo, matan o mueren para salvaguardar la patria, la herencia, la propiedad, el sistema comunitario, la ley del grupo, un solo ejemplo o quizás dos nos basten: en el mito de Ulises, éste no mata a los pretendientes porque muere de celos a causa de las pretensiones de estos con respecto a su esposa; él venga su honor puesto en la picota y defiende su propiedad. También los otros, el resto de los héroes trágicos, lo que defienden una y otra vez son los límites en los que debe moverse el mundo, es decir, dentro de las leyes y el Orden que ellos han impuesto.

Por oposición, lo que defienden las heroínas es su derecho al amor. Sea éste el del compañero, amante, hijo, hermano, padre. Incluso la patriarcal Electra si se erige contra su madre es por el amor de su padre. Quizás sea ella la que contiene los dos mundos: el de

lo masculino y lo femenino, y se desgarra por ello, al igual que Atenea, en su doble cara, la mujer poderosa en la que puede devenir todavía si defiende la filiación materna, y la Electra en la que finalmente se convierte al optar por el padre y plantar así el primer cimiento de la supremacía masculina. Pudiéramos creer que es por eso que Electra una vez concretado su acto no podrá obtener ni premio ni castigo, ni triunfo ni alegría. Ha decidido por la cabeza de Zeus.

Sin embargo, el paradigma de la heroína otra, sola, despojada de todo apoyo y ayuda, sujeto pleno, elección sin vueltas, es Antígona. En ella confluyen el orden femenino contra el masculino, la juventud contra la vejez, los dioses en oposición a los hombres, el individuo sobre la sociedad y los muertos oponiéndose a los vivos. Si Creonte no encarnara la ética de la polis, Antígona no alcanzaría una dimensión de tal volumen. Si Creonte no reivindicara los derechos del heredero legítimo, Antígona no sería la propagadora a través de todos los tiempos como signo y memoria, del Orden autoritario, tiránico, déspota que ejercen los hombres. Porque la autoridad es siempre masculina y siempre masculino el ejercicio de las dictaduras. Por eso Antígona puede atravesar los siglos hasta nuestros días y seguir viva en la presencia de cada madre, hermana o esposa, que quiere enterrar el cuerpo de su amado. Que quiere darle digna sepultura. Por eso vociferan todavía hoy, las madres de plaza de mayo, esas locas con sus pañuelos blancos símbolo de todas las madres del mundo que han sufrido el horror de no poder enterrar su ser querido. Antígona es eterna, y eterno su reclamo.

Finalmente quiero concluir con dos cuestiones que me parecen principales. La primera, ¿por qué estos paradigmas femeninos no volvieron a darse? Por qué Medea, Ariadna, Fedra, Yocasta, Antígona y el resto de las mitológicas mujeres de la Antigüedad no tienen discípulas, seguidoras, nuevos personajes femeninos literarios con su fuerza y su grandeza. Qué hizo que los poetas hombres y mujeres del devenir no hayan podido crear nuevos personajes con la dimensión de

aquellas. Si a la lista de los héroes de los mitos griegos se agregarían Fausto, Don Quijote, Don Juan, quizás Hamlet o Macbeth o Ricardo Tercero o el Rey Lear, cuántas heroínas aparecieron en el resto del paisaje literario de Occidente; el bueno de Shakespeare nos puede agregar, como lo hizo antes con los héroes, dos o tres figuras iguales en jerarquía a éstos, Julieta, Cleopatra, pero como aquellos, no resisten la comparación con las heroínas griegas.

En el universo que va de aquellas trágicas a lo largo de los siglos la heroína ha dejado de serlo en tanto ha devenido objeto del hombre, será Madame Bovary o Anna Karénina, pero nunca más Medea o Antígona.

No obstante los largos siglos desde entonces hasta ahora, han dado un personaje femenino que me seduce y que contiene creo, toda la fuerza trágica de aquellas

de la Grecia antigua. Me refiero a Carmen. La Carmen del escritor francés Próspero Mérimée del siglo XIX y que se ha vuelto ícono de la cultura occidental no por su obra sino por la ópera del genial Bizet que lleva su nombre, *Carmen*. Quizás fue el músico y no el poeta de su tiempo el que advirtió la dimensión poética y trágica de la gitana, poderosamente libre, sujeto pletórico por ansias de ensanchar sus límites. Y su tragicidad se encuentra de la misma manera que en Antígona o Medea, en su capacidad para ser libre, es decir, para elegir su propia vida aún a costa de su muerte.

La segunda cuestión responde de alguna manera a la primera. Los mitos primarios que incluyen por supuesto los mitos de las heroínas que hemos tratado a lo largo de este ensayo están inscritos en nuestro lenguaje, por lo tanto forman parte de nuestra estructura orgánica, mental y afectivamente. No se puede repetir el deseo por la madre por otro emblema que no sea Edipo, ni el del padre sino por Electra, ni el de la pasión por el hermano sino por Antígona, los tres incestos latentes en nuestra herencia desde entonces hasta hoy. Tampoco el asesinato de los hijos para hacer el daño más terrible al cónyuge, sino por Medea. Ni hay otra Madre que Hécuba ni otra maga que Casandra, ellas encarnan a todas las madres y todas las brujas malas o buenas que han recibido dones misteriosos. Casandra volverá para ser Juana de Arco en la Edad Media y Hécuba se multiplica en las zonas pauperizadas de África, Asia y América Latina.

No obstante, quiero creer que más allá de ser la metáfora del Otro, o bien la encarnación del horror en los tiempos de la barbarie, las heroínas griegas responden a algo más, tal vez sean una suerte de respuesta a la eterna y fatal condición del ser humano, desgarrado por el olvido y la muerte. O mejor, sean la encarnación de una problemática indisoluble, que ni la ciencia ni las humanidades pueden resolver, el carácter contradictorio y fugitivo de nuestras vidas en el vasto mar que es la existencia humana.

En ese vasto mar, enterrar a sus muertos es una ley no escrita, dice Antígona, una ley fija siempre, inmutable, que no es una ley de hoy sino una ley eterna que nadie sabe cuándo comenzó a regir. “¡Iba yo a pisotear esas leyes venerables, impuestas por los dioses, ante la antojadiza voluntad de un hombre, fuera el que fuera!”, exclama.

En ese vasto mar, los hombres no han logrado aún lo que Medea pedía: curar el infortunio con el canto 🌀

